

MANUEL MEJIA VALLEJO,
VECINO DE LA MUERTE

Por:
Armando Javier Arrubla



"La novela requiere de una predisposición para contar la vida del hombre, quien, en fin de cuentas, es la novela, requiere de un cúmulo de experiencias, vitales, haber estado cerca de la muerte, caer en cuenta del estremecimiento que es la vida..."¹

Todo escritor, en mayor o menor medida, recrea su experiencia vital en su obra literaria, convierte en imágenes perdurables, presencias, sucesos y etapas de su devenir existencial, la infancia, la juventud, la vida, la muerte, y en fin, todos los fenómenos que hacen parte de éste.

En su palabra anecdótica y literaria Vallejo recupera reiteradamente su pasado, su historia personal, todas sus vivencias definitivas con distintos seres (personas, animales, objetos), lugares y circunstancias, las cuales son el alma de su creación artística.

La infancia es una etapa necesaria y fundamental de todo hombre, "tal vez Hemingway fue el que dijo que la infancia marca de por vida la trayectoria del hombre"². Así en la vida de Manuel su tiempo de infancia fue un período definitivo, esencial, que quedó grabado indeleblemente en su imaginación y alma de escritor con el que nutre bellamente su obra literaria.

Esta infancia se enraíza en un espacio histórico y concreto, con identidad definida, "ya que el hombre no puede carecer de una patria pequeña", que es el Suroeste antioqueño, en el territorio entre los pueblos de Jardín y Andes, a la orilla del río San Juan. Allí en esa región montañosa y agreste, de belleza imponente, Manuel como niño tuvo sus primeras percepciones del mundo, de los seres y sucesos de la vida que lo rodeaba: sus padres, sus hermanos, los peones de la finca, los animales, la naturaleza y sus fenómenos, como la lluvia, el trueno y la tempestad que producían la muerte.



Desde pequeño, Manuel observó y fundió en su imaginación las primeras imágenes de la muerte, a sus ojos de niño asombrado, la naturaleza se mostró con su gran poder destructor. Con tono evocativo, el escritor recuerda esa niñez desconcertado ante la violencia de los elementos: "algún día el río salió de madre, como decían, por un derrumbe inmenso arriba de la casa y entonces arrastró, mató ganado, mató otros animales y a una de las personas que vivían allá, hijo de un peón. Nos acostumbramos a vivir en el peligro"³.

En la memoria de Manuel, la muerte, primero, está asociada a la violencia de los elementos naturales, a la imagen de las aguas destructoras, con su ruido ensordecedor y su fuerza incontenible. Este paisaje violento era un territorio propicio para hablar sobre la muerte, para presentirla, para contemplar su presencia devastadora, "un rayo que caía en el alambrado y carbonizaba, mataba las reses que estaban recostadas a él o tumbaba los árboles y desde la casa mirábamos cuando caía un árbol incendiado. Las tempestades permanentes y la propensión de los peones, en este medio un poco apocalíptico, a creer en lo sobrenatural"⁴. La muerte aparece encarnada en la furia de los elementos pero también está integrada a la mentalidad popular y supersticiosa de los campesinos y de los indígenas de esa región del Suroeste antioqueño.

Ese temprano contacto de Manuel con la realidad de la muerte en su psicología infantil está asociado a imágenes sinestésicas: ruidos y olores, "recuerdo unas llamaradas en la noche, recuerdo un grito en la noche, recuerdo voces familiares y un río crecido que chocaba contra piedras muy superiores a su caudal; recuerdo fugas en esa noche, cascos de caballo, aguaceros"⁵. El recuerdo vuelve a escenificar aquellas imágenes determinantes, vuelve a hacerlas reales en la evocación del escritor, dotadas de toda su intensidad y dramatismo.

En esta tierra con manifestaciones salvajes, la muerte no sólo era ejercida por la misma naturaleza, sino que estaba habitada por hombres que se jugaban su vida contra la muerte, por arrieros



"machos" que arreglaban sus cuentas con otros a punta de cuchillo o de machete. Recuerda Manuel, "siempre que venían del pueblo, del mercado (los peones) nos contaban lo que había acontecido, de las peleas que hubo, de los líos, de los muertos que hubo, porque cada ocho días había uno o dos muertos por lo menos, a cuchillo o a machete y en medio de la plaza o en el prostíbulo en el camellón"⁶.

La voz de los peones del padre de Manuel, después de regresar del pueblo, del día de mercado, decía de enfrentamientos entre hombres, de peleas a muerte a machete o a cuchillo, por el derecho a una hembra, o simplemente para demostrar la propia hombría. En este relato de hombres enfrentados, Manuel empieza a intuir esa cosa tremenda de ser hombre, de decidir jugarse la vida contra la muerte, no importando el resultado final.

Manuel también recuerda otro suceso determinante que impresionó su psicología infantil y el cual se integra a la imagen en ciernes que él empezaba a elaborar de la vida y de la muerte. Un día cuando tenía siete años en un paseo familiar a caballo por el monte, su padre le mostró una pelea cargada de dramatismo y de muerte entre un águila y una serpiente: "mi padre señaló a lo alto y había una serpiente en las garras de un águila. Aún existían águilas en aquel entonces, y en el aire veíamos cómo la serpiente se retorció y cómo el ave trataba de dominarla. Así seguimos a caballo a otros sitios del monte, y al regreso encontramos como algo extraño en mitad del camino, aquella águila y aquella serpiente, muertas sobre el pasto"⁷. Esta escena evocada y pensada posteriormente por Manuel, en uso de razón reflexiva, le dio a entender que "la vida era en el fondo una inmensa pelea y en alguna forma luchábamos solos y éramos rapaces de nosotros mismos"⁸. En esta reflexión Manuel presenta un matiz de la vida, entendida como lucha, como pelea por la sobrevivencia que en el caso del hombre, debe enfrentar completamente solo.

La muerte a los ojos asombrados del niño que era Manuel, estaba en la tempestad inclemente, en el rayo demoledor, en el río torrencioso, en los animales o en los hombres enfrentados y, sobre todo, en el lenguaje. Por esto dice él que desde niño se entusiasmó por la palabra, que en la voz de los campesinos y de los indígenas, le hablaba historias de duendes o de brujas o le desgranaba coplas de amor o de despecho... "de niño me entusiasmé por la palabra y fue el asombro ver que la palabra invocaba a Dios o al Diablo"⁹. Para Manuel, en esa infancia de los primeros deslumbramientos, la muerte no sólo estaba en el mundo externo, sino que habitaba el lenguaje, encarnada en mitos, leyendas y agüeros, en los que creían las personas que lo rodeaban.

A la finca de la familia de Manuel, a través de la voz de los arrieros, llegaban noticias de vida y de muerte; nacimientos, casorios, fallecimientos. En el rostro lívido de un hijo de un peón, vio Manuel por primera vez la muerte de un ser humano. Este hecho quedó profundamente grabado en su memoria infantil: "si me asombraba crecer, me esperaba el otro asombro de la muerte, de pronto un hijo de un peón, y que a los cinco años hablaba una media-lengua de borracho... lo visitábamos en su enfermedad, nadie sabía qué era. Él se mantenía junto a una gallina mansa y descubrimos que la gallina también con sus polluelos se veía ligeramente borracha, él había escogido sitio junto a un chachafrito y a la sombra del borrachero más tóxico hacía la siesta; se enamoró infantilmente de la droga implícita en el árbol: murió después, lo recuerdo en su ataúd hecho burdamente y pintado con una tierra blanca de vetas cercanas. A mí me sacudió ese estar en otro mundo un niño que debería haber vivido muchos años..."¹⁰

En la cita anterior Manuel evoca su primer asombro ante la muerte humana, su primera pregunta ante este fenómeno inexplicable en contra de la vida, pero que podía asumirse serenamente, con cierto amor y placer, como ese niño muerto a la sombra del árbol borrachero. Acontecimientos trágicos como el precedente, le dieron a él para intuir que la vida no sólo era risas y juegos, sino



que "ésta también terminaba y había que afrontar esa cosa tremenda de la muerte"¹¹.

Desde pequeño Manuel tenía predisposición a la soledad, a estar por ahí retraído, escuchando, atisbando, intuyendo, tratando de comprender fenómenos tan desconcertantes como el de la muerte. En el recuerdo emocionado, su soledad infantil vuelve a ser cierta: "yo era bastante soñador, como tenía asma era un poco introvertido aún cuando rodeado siempre de gente familiar que uno amaba. Pero siempre estaba un poco solo, porque desde antes se preguntaba uno sobre la muerte. El asombro de la muerte cuando decían Fulano de tal espanta, en la talanquera; en la boca del monte sale un fantasma"¹².

En su palabra adulta con tono poético, Manuel afirma su calidad de soñador y desde su soledad presente, recupera sus soledades primeras, sus soledades de niño, marcadas indeleblemente en su alma de poeta. Su memoria e imaginación generosas le devuelven su infancia. Dice Bachelard que "toda nuestra infancia debe ser imaginada de nuevo. Al reimaginarla tendremos la suerte de volver a encontrarla en la propia vida de nuestras ensoñaciones de niño solitario"¹³.

Todos estos fenómenos y situaciones preñadas de muerte que vivió Manuel, de niño en la finca de su familia, más que simples estímulos externos para sus sentidos, más que simples objetos de su percepción, son, como dice Bachelard, "valores del alma, valores psicológicos directos, inmóviles, indestructibles, vividos en la memoria son siempre bienhechores"¹⁴. Las crecidas del río San Juan y el ruido atronador de sus aguas, los sonidos misteriosos de la noche campesina, las escenas dramáticas de muerte entre animales, la contemplación de la muerte humana, la presencia imponente de la naturaleza agreste, los largos veranos e inviernos, se convierten en la memoria de Manuel en imágenes perdurables, esenciales, escapadas del tiempo histórico, pertenecientes a su inolvidable infancia.



Todas estas imágenes permanecen frescas en su imaginación y alma de escritor, son "eternas" en su memoria, porque tienen la cualidad de origen, porque están ligadas a sus afectos, a sus sentimientos, a las fibras más profundas de su ser. Manuel en sus discursos públicos y en su palabra literaria repetidamente retoma su infancia, la reimagina, la vuelve a inventar, nos la hace vivir y nos sugiere que revivamos la nuestra. Con ese constante volver a su amada infancia, a sus imágenes esenciales, Manuel ratifica, como dice Bachelard, "la permanencia en el alma humana de un núcleo de infancia, de una infancia inmóvil pero siempre viva, fuera de la historia, escondida a los demás, disfrazada de historia cuando la contamos, pero que sólo podrá ser real en esos instantes de iluminación, es decir en los instantes de su existencia poética"¹⁵.

A Manuel desde su niñez, entonces, la muerte se le convierte en una compañera inseparable. Con el paso de los años él va adquiriendo una conciencia reflexiva y aguda sobre este fenómeno, tan determinante en su visión personal de la existencia.

De los testimonios del escritor y de su experiencia de adolescente, transpuesta en parte, en su primera novela, "La tierra éramos nosotros", puede deducirse esa conciencia aguda que él fue adquiriendo de la vida y de la muerte. Desde su infancia observó, asimiló y pensó ciertas realidades: la muerte hace todo transitorio, el hombre es violento, la vida es difícil pero es bella y por eso hay que asumirla con intensidad, y otras verdades las cuales hacen parte de su "ideología" personal recreada en su obra de arte.

La tierra éramos nosotros es el primer producto literario de sus vivencias meditadas, de sus reflexiones, porque para él era más importante pensar y discernir sus experiencias y la realidad que lo rodeaba. En este sentido confiesa, "yo vi muchos heridos, muchas muertes en la finca, en el pueblo, lo importante creo es hacer la reflexión sobre la violencia"¹⁶.



Después de publicar *La tierra éramos nosotros*, como recuerdo de la familia derrotada, del "paraíso perdido" de su infancia, Manuel regresa a su tierra natal, a ese espacio natural y violento que lo vio crecer, para enterarse, con dolor, de la muerte de seres y cosas que hacían parte de dicho paraíso, como algunos campesinos que fueron peones de su padre o como la desaparición de la casa familiar. En este retorno desolado, Manuel vuelve a escuchar historias de muerte, de esas que oía cuando era niño. Recuerda él, "un día iba de paso por la casa de Jesús Carmona, el peón que creía en brujas, en diablos y aparecidos, padre del niño que murió drogado... De pronto Luisa, la esposa, vino del lavadero y dijo "¡qué curioso, Jesús, el agua llega rosada". A sus palabras dentro del común azoro de todas las cosas en el campo, donde por una creencia y un medio propicio cualquier espanto es posible y cualquier muerte sale, Jesús fue con un hermano. Al llegar, aún estaban uno con un machete, otro con un puñal desafiando a la muerte sin rabia, con cierto desánimo de morir; uno estaba con la cabeza prácticamente partida en dos y alcanzó a decir en el suelo: "me mataste Joel, dame la mano" . El otro le tendió la mano, momento que el tipo más muerto que vivo aprovechó para cortarle la yugular y allí cayeron y se desangraron sobre el pequeño puente encima del arroyo"¹⁷.

El duelo de muerte anterior, dramático y bello a la vez, es una de las escenas trágicas más recreadas por Manuel en sus historias literarias. En el duelo a muerte se enfrentan la vida y la muerte, se expresa el valor, la fuerza, los instintos, la naturaleza violenta encarnada en hombres y animales, se escenifica la existencia entendida como campo de batalla, de desafío donde pelean los hombres entre sí, con los animales o con la naturaleza, o es el enfrentamiento entre los animales por la sobrevivencia. En obras como la *La Tierra Éramos Nosotros*, *El Día Señalado*, *Al pie de la Ciudad* y *Confesiones de un Escritor*, el duelo entre hombres guapos hace parte de la fábula de las mismas, y en un nivel superior, se integra a los sentidos profundos de ellas, como significantes de una realidad, de una visión del mundo y de una problemática humana.



Ya adulto, en sus andanzas de reportero por tierras centroamericanas, Manuel tuvo otro tipo de contacto con la muerte, ya no desde su asombro infantil, sino desde la mirada crítica del periodista. De esto cuenta, "yo iba al sitio de los hechos y miraba cómo morían tuberculosos en los tubos destinados a un acueducto, en los materiales de construcción para un hospital de un cuartel militar y yo vi morir varias personas"¹⁸. Esta experiencia periodística de contacto tan directo con la muerte de otras personas, es recreada críticamente en su libro *Al pie de la ciudad*, novela de carácter realista y social. En tono anecdótico Manuel cuenta que "cuando escribí 'Al pie de la ciudad' estaba muy enfermo, creían que tenía cáncer y me acostumbré a oír resonar cercanamente la muerte"¹⁹.

El contacto prolongado con la muerte, produce en el sujeto que la contempla y la vive, una mayor conciencia de lo transitorio de la existencia (saberse mortal) aguja el instinto de vida y por tanto de valoración del presente. Por ejemplo, según estudiosos del tema de la muerte, en ninguna época la idea de la muerte ha tenido tanto énfasis como en el final de la Edad Media, debido en parte a las grandes mortandades de seres humanos producidas por las pestes devastadoras.

Entonces puede inferirse que Manuel, gracias a su trabajo periodístico, aguja su comprensión de la vida y de la muerte. Al observar en Centroamérica gente muriéndose como ratas en tubos de alcantarilla, al ser testigo de esas muertes y además sentir en carne propia la vecindad de la "parca" no hay duda de que ahonda su mirada sobre la existencia reflejada en el espejo de la muerte.

En relación con la muerte, Manuel confiesa que a él le atrae la violencia, pero "aquella violencia que no tiene que ver con la mano del hombre". A este respecto su voz memoriosa dice, "yo recuerdo que estaba muy pequeño y vi derrumbarse parte de una montaña; para mí fue un espectáculo inolvidable y era un desgarramiento de la tierra y era destructor. Era un fenómeno telúrico, era un derrumbe. Yo vi en Guatemala caer tres casas



por un terremoto y estaban al frente; cerca de mí cayeron cosas, donde vivía yo"²⁰.

La memoria privilegiada del escritor es el lugar donde perviven sus imágenes de la realidad más personales, más íntimas, el sitio donde se mezclan y adquieren una perfecta síntesis, de tiempos y de lugares. En la memoria, las imágenes de la infancia vuelven a ser actuales a partir de experiencias similares vividas en la madurez.

A Manuel, paradójicamente, le gusta la violencia y a la vez la detesta. Con sus palabras explica este sentimiento contradictorio: "yo estoy de parte de lo que es violento, porque la violencia conmueve, la violencia crea crisis, por lo tanto, trae su cura. Me atrae mucho el tema del heroísmo, me atrae la violencia y la detesto... y me duelen profundamente todas las cosas que ocurren; me emputa la violencia... pero desgraciadamente el hombre necesita alimentarse con sangre para nutrir su impulso, su verraquera"²¹.

El mundo narrativo de Manuel, en gran medida, está inmerso en un ambiente de violencia que corresponde a la violencia secular que ha padecido el pueblo latinoamericano, pero en forma más general es la violencia como constante en la historia humana. En *La tierra éramos nosotros* representa, sobre todo, al hombre enfrentado a las fuerzas telúricas. La violencia social se expresa en novelas como *Al pie de la ciudad* y *Las muertes ajenas*. *El día señalado* es la novela de la violencia política. Estas obras, con la visión y el tratamiento de la violencia y la muerte que presentan, están ligadas estrechamente a la experiencia personal, a la evolución estética del autor y a su manera de concebir al hombre y al mundo, donde la vida está cargada de violencia, es expresión violenta.

Como Heidegger, Manuel sabe que el "hombre es un ser para la muerte", un ser que desde su nacimiento empieza a morir. Por eso él, desde su infancia, puede decirse que comenzó a ser vecino de la muerte, a sentirla cerca, a vivir con ella, en sus

pensamientos en sus experiencias. Esta vecindad con la muerte ha contribuido a hacerle la vida más intensa. A este respecto confiesa, "de la muerte tengo un hondísimo sentido: dije que está al lado mío, que respira al lado mío. Para mí la muerte es un incentivo para vivir". En este sentido también afirma, "tal vez aparecemos vitales porque nos sentimos al borde de la muerte, eso que aguza nuestro afán de vivir"²³.

En síntesis Manuel concibe a la muerte como parte de la vida, como aquel fenómeno que pensado y meditado, "lo lleva a la hondura de las cosas y además lo hace vivir con intensidad cada momento de su vida. El piensa y asume su existencia teniendo muy presente la realidad de la muerte, la cual implica para el ser humano, sentimientos como la soledad, la angustia y el fracaso, pero también, paradójicamente, genera el amor a la vida y Manuel tiene un sentido tan profundo de la muerte precisamente porque ama la vida con intensidad, con la dolorosa conciencia de que un día, como dice Porfirio Barba Jacob, tendrá que llevar anclas para jamás volver.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- ¹ Comentario de Mejía Vallejo al final de la conferencia de Luis Ernesto Lasso. p. 85. En: Isaías Peña Gutiérrez. *La tierra soy yo*. Compilación de textos sobre la obra de Manuel Mejía Vallejo. Neiva. Fundación Tierra de Promisión. 1990.
- ² Hemingway, citado por Manuel Mejía Vallejo. *Confesiones de un escritor*. En: *Lingüística y literatura*. Medellín. N. 18 (jul-dic 1990), p. 75.
- ³ *Ibid.* p. 75
- ^{4,5} *Ibid.* p. 76
- ⁶ ESCOBAR MESA, Augusto. *Manuel Mejía Vallejo. De la trashumante bohemia a la escritura de la vida*. Medellín.
- ⁷ MEJIA VALLEJO, M. *Confesiones de un escritor. Memorias del Paraninfo*. p. 64



Armando Javier Arrubla

- ⁸ Ibid. p. 64
- ⁹ Ibid. p. 77
- ^{10, 11} Ibid. p. 65
- ¹² GOMEZ, Beatriz. Manuel Mejía Vallejo, no hay mejor droga que la imaginación. En: El Colombiano (Abril 23 de 1993) p. 60
- ¹³ BACHELARD, Gastón. La poética de la ensoñación. México. Fondo de Cultura Económica. 1986. p. 151
- ¹⁴ Ibid. p. 178
- ¹⁵ Ibid. p. 151
- ¹⁶ ESCOBAR MESA, A. Op. cit. p. 26
- ¹⁷ MEJIA VALLEJO, M. Confesiones de un escritor. Op. cit. p. 67
- ¹⁸ ESCOBAR MESA, A. Op. cit. p. 17
- ¹⁹ MEJIA VALLEJO, M. Confesiones de un escritor. Op. cit. p. 70
- ²⁰ ESCOBAR MESA, A. Op. cit. p. 17
- ^{21, 22} Ibid. p. 27
- ²³ MEJIA VALLEJO, Manuel. Hojas de papel. Universidad Nacional. 1985. p. 153

NOTAS SOBRE EL AUTOR

Licenciado en Español y Literatura de la Universidad de Medellín
Diplomado en Filosofía de la Universidad de Antioquia
Especialista en Literatura Latinoamericana de la Universidad de Medellín
Estudiante de la Maestría en Literatura Colombiana en la Universidad de Antioquia
Ganador Concurso de Ensayo sobre Fernando González, U. de A. (1995)
Primer premio Historia de mi familia (1996)

